



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

ME AMARÁS CUANDO HAYA MUERTO

Josefa Farray Cuevas



PRIMER PREMIO 2014

Me amarás cuando haya muerto

Josefa Farray Cuevas

Cada mañana se sentaba en la misma mesa, con el mismo cigarrillo húmedo en los labios mudos, descansando los mismos pies que le llevaban hacia la facultad con la impuntualidad que caracterizó a su vida. Cada mañana, con el mismo pantalón arrugado y con la misma cara borrada en el espejo, hacía caso omiso de la riña del seguritas y del cartel de prohibido fumar en el recinto universitario. Solía sentarse con un artista espontáneo que tocaba la guitarra y cantaba desafinando en un inglés espeluznante, tampoco pertenecía a la comunidad universitaria pero venía a diario a disfrutar de un público tolerante. Paco, el camarero más simpático de la universidad, les lanzaba olés animando al intérprete y, de vez en cuando, se marcaba un pasito de salsa enchumbado en azúcar.

Los alumnos recién llegados al primer curso lo miraban con el recelo que despiertan los diferentes, los que no encajan en el cuadro, como una mosca impertinente en una invitación de cumpleaños feliz. Los alumnos de segundo o tercero ya se habían habituado a su presencia impregnada del olor a cafetería, ese olor a un rápido sándwich mixto, a plato combinado si hay tiempo y a café.

Algunos, los afortunados, habían descubierto al hombre que arrastraba sus zapatos agrietados desde la Plazoleta Cairasco hasta la Facultad de Humanidades y que regalaba frases a cambio de una nueva argolla de humo que fabricar. Algunas, las afortunadas, supieron leer bajo sus cejas pobladas un brillo de rebeldía y mil poemas gritados en silencio. Poemas de *no amor*, de un hombre que llevaba enroscadas las palabras malditas que nunca nadie se atrevió a decir.

Solo él, él solo las repetía incesantemente en su destino de lágrima, y los alumnos y alumnas con fortuna dejaban sus apuntes aparcados sobre las mesas de aluminio para inhalar en cada voluta de nicotina un poco de esa lucidez murmurada en sílabas sin mordaza.

Paco entristecía los ojos cuando lo observaba desde su garita tras el fregadero, y sonreía ante el eterno acoso del seguritas que se estampaba cada mañana contra las colillas ennegrecidas por los dedos temblorosos del hombre.

Ese hombre de cabeza caída y ojos como columpios sin niño encima, vivía sus mañanas y moría sus horas en nuestra facultad, nadie más humano, humanamente descarnado en nuestro campus de Humanidades. Nadie ha esgrimido la pluma y sangrado la tinta como él, con la boca permanente condenada a estar abierta y la lengua crecida a mordidas de silencio. Impartió su cátedra gratis, sus clases magistrales en cada sorbo de cocacola yanqui que se servía a burbujas en un vaso de plástico. Un vaso hospitalario y aséptico donde

vomitara el vacío y la soledad que los jóvenes irrumpían con sus risas de almas vírgenes, entre clase y clase, para ir a su tutoría.

Yo lo observaba desde la barra de cemento exterior, atrincherada junto al cubo de la basura con mi café y un cigarrillo libertario, cobarde bajo el cartel de prohibido, envidiando su escandalosa y provocadora imagen. Un hombre libre, pensaba, pero nunca me atrevía a sentarme a su lado, ni a rozarle un brazo al pasar, o susurrarle un: -te leo, o un: -te sufro. Y desde la distancia olía su aura maldita, y su extraña manera de sostener el tabaco, como si el tabaco lo sostuviera a él, como si fuera el pitillo quien se fumaba su cerebro y lo paseara de la mano cada mañana, inexorablemente, impuntualmente, a los mismos lugares que él transitaba y a los que nunca pudimos acceder los demás.

Una mañana, arrastró la silla plateada hacia atrás, se levantó y se acercó a mi parapeto. Me puse alerta como un centinela que ver llegar en la oscuridad a una sombra indefinida, me pidió un tabaco y me regaló sus pupilas a cambio.

A partir de ese día, repetíamos la escena; debió fumarse la mitad de mis provisiones anuales de Marlboro y en cada intercambio de miradas breves crecía mi miedo a decirle: -Te conozco. Te conozco, y te aprendo cada noche en tus líneas, en tus malabares fantásticos en los que cada palabra se mantiene en el aire un segundo, el tiempo suficiente para caer en lluvia sobre nuestra mediocridad.

Bajaba las escaleras siempre ensayando una frase, un puente sobre el pudor para decirle algo, mientras la gente joven subía las escaleras saltando los peldaños de dos en dos. En los consejos de departamento aprovechaba el tiempo muerto entre los puntos del orden del día para desordenar mi aprensión, pero siempre volvía a firmar la hoja de asistencia sin atreverme a escribir su nombre en el espacio vacío, a añadirlo como profesor emérito o como un renglón subversivo infiltrado en el rol impreso. Pero acababa la sesión y solo figurábamos en la lista los de siempre, mientras él seguía anónimo en su silla de aluminio regalando trocitos de material incendiario a los alumnos y asintiendo en un gesto lento las ideas de las alumnas. Supongo que hoy son muchos y muchas las que han cerrado los ojos para que no se les escurra entre las pestañas su imagen.

Pasaron los años, y yo cada vez más vieja y más muda, y él cada vez más presente y más ido. Lo dejé escapar como se escapa un viento, un Alisio seco, él. Aprendí de él que no hay un mundo posible para los que escupen versos como los suyos y cada mañana metía en mi maleta las cajetillas mágicas del trueque, mezcladas con los trabajos a medio corregir de mis alumnos y un pendrive cargado de sugerencias para cambiar el Reglamento de Régimen Interno de la facultad escrito en catorce versos endecasílabos, organizados en cuatro estrofas, con dos cuartetos y dos tercetos. Él se había saltado todos los reglamentos académicos, todas las normas y todas las fronteras de la cordura oficial *buscando locamente lo que excede al*

ser mientras nosotros puntuamos del 1 al 10 el talento. Nosotros y nosotras que miramos el reloj y repartimos dosis de conocimiento encapsulado, que construimos la trama curricular haciendo equilibrios en una cuerda sin red y que cada año encontramos a los alumnos recién llegados más jóvenes. El cuerpo docente que pierde el alma ante promociones abocadas al desempleo, que achicamos agua en un barco guiado por un faro ciego y robamos minutos a los días sin sorpresas para mantener las ganas de seguir ilusionándonos con cada cara que te escucha, con cada mano en alto que esgrime una pregunta.

Hace poco, me lo crucé desandando sus pasos hacia el hospital. No me pidió tabaco y me sentí como una amante traicionada; busqué su mirada, pero él andaba regalándose a la acera. Quise decirle que amaba cada letra que dejaba caer de sus bolsillos y que reverenciaba los dedos toscos de sus manos, pero el peso de mi maleta universitaria me dejó anclada en una esquina. Esa fue la última vez que vi al profesor, al maestro sin aula, al doctor sin birrete con borla pendulona, al hombre que se metamorfoseó hasta llegar a ser un manifiesto insultante, un panfleto decadente y despiadado que nos obligaba a los mediocres a disimular la mirada y contener el saludo. Quise gritarle: -Te conozco, sé quien eres, sé de tus andares con cadencia de terrores nocturnos.

Siguió de largo, y yo seguí mi camino redondo hacia la rutina como una mujer arrastrada por su maleta escolar atestada de deberes.

Hoy se respira aire puro en las mesas del patio de la cafetería de la Facultad, bajo la carpa blanca los chicos y las chicas se lanzan risas y comparten apuntes y apodos nuevos para el profesorado. El seguritas ya no juega con nadie a la caza del fumador compulsivo. Paco lava los vasos con una mano y le da la vuelta al sándwich mixto que humea sobre la plancha. Antonio, el de reprografía, reparte fotocopias de una esquila. Un profesor lee la prensa sobre la barra y comenta: -Ha muerto Panero.

Su compañero de departamento apoyado en el pollo de aluminio estéril deja de revolver su cortado y con la cucharilla en alto pregunta:

-¿Quién?

-Panero, el que fumaba, era poeta.

-¿Lo conocías?

-Poco, era un hombre extraño.

Pagan los cafés y corren a clase, faltan cinco minutos para las doce y todo el mundo aligera el paso. Sólo queda Paco haciendo ruido con los platos y una silla permanece más vacía y más sola que las otras. Me mira y me pregunta:

-¿Y tú no tienes clase?

Le respondo con un dolor ácido en la boca y un sabor amargo a miedo:

-No, estoy en excedencia, aunque espero incorporarme pronto.

- ¿Y tú, ya no bailas?

-Hoy no, hoy se ha callado hasta el músico.

-Creo que hoy se ha callado hasta Dios.

-Si existe...

-Eso, si existe.

Salgo al patio y enciendo un cigarrillo para observar los hilillos de humo subir hacia las nubes que llevan meses sobre la ciudad, unas nubes plomizas y pesadas, color tristeza. Bajo la calle con las páginas de un periódico enredadas en mis pies. Caen las primeras gotas de agua sobre el asfalto y pienso que sí lloverá sobre su tumba y que pagaremos la deuda algún día. Escribo un grito cargado de vergüenza en el paraguas que nos protege de la locura y nos reviste de la normalidad necesaria para vivir en este páramo, mientras los niños del Tomás Morales salen a borbotones del instituto, uno de ellos tropieza con mi maletín y farfulla:

-Perdone, no la vi.

Entro en la librería Canaima y compro varios libros, el último lo abro al azar y leo *Me amarás cuando haya muerto*. Pago con treinta dinares el importe del tique que me pasa el librero, y junto con él papelito arrugado tiro mi pendrive a la papelera. Ya no tengo sugerencias para el Reglamento de Régimen Interno porque nadie es digno de encender un cigarrillo en el recinto universitario, al igual que ninguna universidad será nunca digna para acoger la libertad sin mordazas de los hombres y las mujeres que escriben desnudando la realidad y desmaquillando los sueños, y pintando de onirismo los discursos caricaturescos del poder.

Cuando vuelva a las aulas, le contaré a mis alumnos y a mis alumnas recién llegados que una vez hubo un hombre que fumaba en el patio, y que dejó sus sombras enredadas en los flamboyanes como llamaradas incendiarias para que impregnen de pasión su frescura aún adolescente.

Cuando vuelva a las aulas, colaré su nombre en cada lista con la maldición que le lanzó al mundo: *Me amarás cuando haya muerto*.

A Leopoldo María Panero. Leo para los alumnos y alumnas que lo escucharon, lo miraron de frente y lo acogieron.